

Las “tres” Antioquias de Tomás Carrasquilla
Notas para una lectura intraregional y socioracial de *Hace*
***Tiempos*.¹**

The “three” Antioquias of Carrasquilla. Notes for an intra-
*regional and socio-racial reading of *Hace Tiempos*.*
As “três” Antioquias de Tomás Carrasquilla. Notas para uma
*leitura intra-regional e socio-racial de *Hace Tiempos**

Juan Guillermo Gómez*

Resumen:

La novela autobiográfica *Hace Tiempos* (1936) de Tomás Carrasquilla constituye tal vez el documento más fiel y rico de la composición intraregional y socioracial de la sociedad antioqueña de las últimas décadas del siglo XIX. Las “tres” Antioquias que, de una forma u otra, corresponden a cada uno de los volúmenes en que divide su extenso relato, operan como vestigios de los círculos concéntricos de su conciencia en ascenso –desde sus “entrañas de niño” al filo de su adultez– que se desarrollan en tres ámbitos geoespaciales o intraregionales más o menos determinados. Son las “tres” Antioquias en que se desenvuelve la personalidad curiosa,

Abstract:

The autobiographical novel *Hace tiempos* (1936) of Tomás Carrasquilla perhaps constitutes the most exact and richest document on social and racial composition of the region of Antioquia in the last three decades of XIX century. The three Antioquias correspond to each one of the volumes in which the ample story is divided. They function as footprints of concentric circles of his ascending consciousness –from childhood to adulthood. The three are developed in three different geographical and spatial fields that are also the three Antioquias in which the personality of the author unfolds –a personality that was curious, observant, of photographic,

¹ Este ensayo, preliminar a un complejo problema o, mejor, a una constelación de problemas apenas esbozados, hace parte de un proyecto más vasto sobre la vida, obra y época de Tomás Carrasquilla, que se enmarca en la Maestría de Literatura colombiana, de la Universidad de Antioquia.

Juan Guillermo Gómez

observadora y de detalle fotográfico, sensible y tierno, íntimo y rumboso del escritor. Cada etapa o tramo de su vida se enriquece al contacto con las múltiples experiencias, en regiones tan determinadas y determinantes, que conforman un acumulado y una masa sintética de este rincón arisco y peculiar de Colombia.

Palabras Calve:

Relato autobiográfico, Tomás Carrasquilla, las tres Antioquias, infancia del autor, literatura regional.

Resumo:

O romance autobiográfico *Hace Tiempos* (1936) de Tomás Carrasquilla constitui-se talvez no documento mais fiel e rico da composição intra-regional e socio-racial da sociedade antioquenha das últimas décadas do século XIX. As “três” Antioquias que, de uma forma ou outra, correspondem a cada um dos volumes em que se divide seu extenso relato, operam como vestígios dos círculos concêntricos de sua consciência em ascenso - desde suas “entranhas de criança” até o auge de sua idade adulta - que se desenvolvem em três âmbitos geo-espaciais ou

sensitive, tender and intimate details. Each stage of his life was enriched by multiple experiences in the regions that were determinative as well as determined. These regions constitute an accumulation and a synthetic mass of this peculiar and wicked corner of Colombia.

Key words:

Autobiographical story, Tomás Carrasquilla, the three Antioquias, childhood of the author, regional literature.

intra-regionais mais ou menos determinados. São as “três” Antioquias em que se desenvolvem a personalidade curiosa, observadora e de detalhe fotográfico, sensível e terna, íntima do escritor. Cada etapa ou trecho de sua vida se enriquece em contato com as múltiplas experiências, em regiões tão determinadas e determinantes, que conformam um acumulado e uma massa sintética deste rincão arisco e peculiar da Colômbia.

Palavras chave: Tomás Carrasquilla, as três Antioquias, infância do autor, literatura regional, a negritude na obra de Tomás Carrasquilla.

La Antioquia “profunda”, zona cultural de frontera, la Antioquia minera del “mítico” y remoto Nechí; la Antioquia del “doctor Berríos”, de los marinillos conservadores, de San Juan de Piedragorda, que se erige como un cordón de sanidad ultramontano frente a los desmanes de Mascachochas; y la Villa de La Candelaria, Medellín, con sus aires de ciudad moderna y sus instituciones culturales, ante todo, la Universidad de Antioquia, son los tres espacios en que de modo cronológico se forma la conciencia de Eloy Gamboa, “Eloicito”, “Eloicete”, tras la que se oculta el yo narrativo de Carrasquilla.

Aconsejada por esta geografía caprichosa, difícil, sinuosa de las cordilleras antioqueñas, la autobiografía carrasquillana es una lenta y rara composición que, mecida por la entrevela de los primeros recuerdos de su niñez en Orofino, se va elevando casi imperceptiblemente a las cumbres de una civilización urbana, en la que el orden y la autoridad moral y académica de Pedro Justo Berrío y Mariano Ospina Rodríguez -cátedra, cuartel y púlpito eran términos intercambiables- marcan el acento de una nueva era. Brumosos e ingenuos, salidos del inconsciente, se van delineando los primeros recuerdos al ritmo de la “barbarie” de la zona minera, escindida entre blancos y zambos de “toda laya”, hasta convertirse en los trazos seguros de la “civilización” medellinense que, con sus quince mil habitantes hacia 1871, se apresta a convertirse en una atractiva capital comercial, como quedó plasmada en *Frutos de mi tierra* o *Grandeza*. “Este humilde esquema de la Antioquia que se fue”, como él mismo lo dice, deja ver las transiciones y los quiebres de una región montañosa, que decide una vocación regional de cierta autarquía –tan romántica en sus síntomas culturales como los cantones suizos del *Wilhelm Tell* de Schiller- pero paradójicamente con un dinamismo y una curiosidad por lo nuevo y por de más allá –por la tecnología pero también por las modas intelectuales. Las diversas capas civilizatorias, las contradictorias formaciones de la estructura familiar y los lazos intraregionales, tan sorprendentemente fluidos, pero sobre todo una imagen de la historia en proceso, que marcha hacia delante, son los componentes del personal positivismo -no dogmático- de esta *rara avis* de las letras colombianas. La nítida conciencia de esta estructura móvil y no móvil, fluida y no fluida, tensa y relajada de las vidas intraregionales

Juan Guillermo Gómez

e interregionales, hacen de *Hace Tiempos* una privilegiada fuente de conocimientos de la vida antioqueña, más aun de una imprescindible – solo nuestras precarias ciencias sociales y estudios literarios apenas han llamado la atención en este asunto- joya literaria y tratado cultural, estimo, sin parangón en la literatura de nuestro país.

Acaso sin exagerar ni mucho menos con el ánimo de acentuar el poco saludable regionalismo antioqueño, y guardando las proporciones histórico-culturales y literarias debidas, se puede afirmar que la obra de Carrasquilla guarda una afinidad con la gran autobiografía de Goethe y comparte su estilo entre “poesía” y “verdad”. Sin duda porque los dos autores no solo representan para sus diversas patrias literarias –la de la lengua alemana y la de las letras antioqueñas- una magistral plenitud, sino porque ellos rinden cabal testimonio de la conciencia de esa circunstancia. Son ellos no solo el despertar literario, con notas de una novedad pasmosa, sino a la vez la madurez de la identidad cultural, al contacto con la conciencia de una historia en progreso. Ellos funden la historia con el yo, la prosa con la poesía. Evocan con una fuerza misteriosa el pasado y así lo hacen real y vívido. Historia y fantasía sellan una alianza en sus relatos autobiográficos. Se hace y nos hacen partícipes de un pasado que “se fue”, pero que no cabe olvidar. Hacen historia cuando hacen ficción no porque, como se suele decir, la historia es más inverosímil que la ficción, sino porque la poesía tiene algo más universal que la historia, conforme lo dictamina Aristóteles. La poesía no solo da color, da carácter. En el giro de una leyenda, de un cuento popular, de un dicho, de un personaje se esconde un núcleo de verdad permanente, más universal que en la narración histórica. Es el rasgo que se descubre como arquetipo, en medio de sus circunstancias, lo que guía la observación de la escritura. No es el irreplicable cambio, sino la misteriosa permanencia de eso único en el cambio, lo determinante. El sujeto histórico vive y se vitaliza, a la luz del juego entre lo queda como ideal y lo que pasa como historia. No se congelan las imágenes, porque se mueven plásticamente entre lo sublime sin pompa y lo bello en su color local. Al integrar ese legado cultural a la conciencia del mundo histórico, se logra conmover la conciencia del presente; se actualiza; se moraliza una época. Caracterizan más que describen por nostalgia –en esto no son típicamente costum-

bristas-, representan un largo proceso real y simbólico o entabados procesos simultáneos. Las memorias de Carrasquillas son, en este sentido, göetheanas: son la conciencia de un desarrollo personal, indisoluble con la historia. Son göetheanas en el sentido en que Göethe dijo que cuando él era joven Alemania era joven, y cuando llegó a su madurez individual pudo constatar, para su sorpresa –no era chauvinista-, que Alemania también había llegado a su madurez.

Se ha advertido por diversos críticos, por sus biógrafos y por quienes han dejado un testimonio de la vida, sobre todo de los últimos años de Carrasquilla, sobre la serenidad y la tranquila confianza con que asumió su destino. Ni los dolores ni las penas lo abatieron, aunque lo pusieron siempre a prueba. Supo tragar, con valor y entereza, los tragos amargos de la existencia, así como supo saborear los encantos inherentes a la vida. Vida larga, longeva, activa. La mirada sobre la niñez y la juventud activa de Carrasquilla en forma de memoria de vejez, en sus *Hace Tiempos*, contiene a la vez otro ideal göetheano, que Walter Benjamín interpretó como “principio cristiano de contrición” y que no nos parece caprichoso relacionar con la obra autobiográfica de Göethe: “El hombre más dichoso es aquel que puede enlazar el final de su vida con el principio”. No se trata, entonces, de recordar las cosas del pasado en sus nimios detalles, conforme con su propia declaración, y verla una banal facultad cerebral; se trata de una gratitud con la existencia, de una devoción por los orígenes, por los recuerdos primeros que determinan un origen y un destino, y de su principio de contrición cristiano de anudarlos como acto de unción. Era una acomodación piadosa de su pasado, de un pasado que “se fue”, y que se conserva, con todo, no solo en el recuerdo íntimo, como una verdad positiva inextirpable. La lectura psicoanalítica que puede surgir de ello escapa a la comprensión de un mundo de relaciones premodernas o protoburguesas que, en rigor, resulta inconveniente abordar.

Los tránsitos geográficos en que transcurren los relatos autobiográficos de *Hace Tiempos* son así las estancias ascendentes en que transcurre la civilización antioqueña. La analogía göetheana de la historia y el yo –en realidad procedía de Herder- se cumple con relativa exactitud en Carrasquilla. Ciertamente que ninguna de las etapas o estancias excluye a la otra, ni la niega. Si hay tensión o irresoluble conflicto, es solo por la

Juan Guillermo Gómez

naturaleza misma de las cosas, no por el carácter de endopatía o marginalidad del escritor. “Por aguas y pedrejones”, la primera parte de su trilogía, es decir, su primera niñez en Orofino y Morrolargo, representa un reducto turbio de la época colonial, la Antioquia inmemorial de *La Marquesa de Yolombó*; “Por cumbres y cañadas”, los años siguientes cuando Eloicito pierde a sus padres en circunstancias inefables y en forma tan dolorosa y se radica en el paisaje más sobrio de San Juan, representa el tránsito hacia la estabilidad institucional de la república (es la Antioquia del padre Casafús y del “Superhombre”); y finalmente “Del campo a la ciudad”, al ingresar a las aulas universitarias y vivir a fondo la vida de la pequeña –pero no insignificante- ciudad del Medellín de las tres décadas finales del siglo XIX, es la experiencia inédita de la modernidad, del cambio de costumbres, de la moda, de la secularización lenta e incontenible.

Se podría negar el carácter autobiográfico a *Hace Tiempos* con el pueril argumento que las incidencias biográficas de Eloy Gamboa, desde su nacimiento en una provincia minera a su casamiento, luego de exitosos estudios de derecho en Medellín, no coinciden con los datos biográficos positivos de Carrasquilla. Pero el argumento es débil. Ciertamente que Carrasquilla no nació en Orofino, sino en Santodomingo, que sus padres no fallecieron en la forma en que acontecen en la narración literaria, que no vivió, antes de llegar a la capital, en las cercanías de Marinilla, que no se casó, y otro número crecido de detalles que hacen de esta trilogía magna una obra de ficción. Pero, en su sentido profundo, en su estructura ideal, en su testimonio y confesión fragmentaria, es quizás la obra que no solo contiene elementos biográficos del autor sino la más acabada obra de una subjetividad intensa. Su “teoría de doscientos personajes”, como calificó él mismo esta obra culmen que obtuvo en premio nacional Vergara y Vergara –siendo jurados Jorge Zalamea, Antonio Gómez Restrepo y Baldomero Sanín Cano-, es un modelo de fuente fidedigna, de “un viejo memorioso testigo de vista, que ha nacido en minas y permanecido como este su amigo y pariente”. Por su excepcional talento pudo “hablar de la Antioquia que fue” que, en realidad, era el Carrasquilla que siempre fue y quiso ser en las doscientas voces, en el coro de vidas

y caracteres antioqueños que supo representar estéticamente en su viveza real y su prototípica vivacidad.

Como obra que describe un proceso formativo, el desenvolvimiento de una subjetividad que se inserta armónicamente al mundo, a la sociedad en progreso, resulta convincente clasificar a *Hace Tiempos* como novela de formación, Bildungsroman. Acaso fue el crítico Jaime Mejía Duque, en su difusa interpretación de esta obra, quien por primera vez acertó en considerar a *Hace Tiempos* como una Bildungsroman. Pero, con todo, queda por definir el contorno o alcance de esta denominación y su sentido comparativo para el caso de Carrasquilla. El ideal de la obra goetheana, el Wilhelm Meister –que comparte el género con el *Heinrich von Ofterdingen* de Novalis o el *Sternbald* de Tieck- se inscribe en un momento de pausada transición, o ideal transitivo, en el que el hijo de un comerciante, en una fase primaria de acumulación de capital, Wilhelm emprende un viaje de negocio e, impulsado por un llamado interior, se involucra en una equívoca tropa de comediantes. Destino y medio se confrontan en un juego complejo de personalidades incompatibles, recreados por los avatares de un mundo cándido en vía de desaparecer. Wilhelm, que porta el nombre en homenaje a William Shakespeare, logra superar la prueba, tras la que se le abre un horizonte inesperado: las tablas del teatro han sido solo un paso necesario para representar el despliegue de su personalidad en el gran teatro del mundo. Al final, el héroe goetheano renuncia a lo que consideraba su vocación artística y se integra al mundo de una sociedad superior –fantasmagórica supervivencia de una medioevo ideal- de la sociedad secreta de rasgos nobiliarios.

La novela autobiográfica de Carrasquilla contemplada como una Bildungsroman plantea una serie de problemas distintivos. Ciertamente que los mundos del pasado quieren sustraerse de los avatares del presente, de las luchas enconadas que parecían regir los destinos de la Europa de la época de Goethe, en el *Goethezeit*, y las luchas del 36 en Colombia. Ciertamente también que los héroes novelescos, Wilhelm y Eloy, se labran al contacto con la existencia, en los duros episodios de ese mundo en huida, mundos que una generación después, en la época posnapoleónica o en plena Violencia Colombia, apenas se puede captar en su naturaleza

Juan Guillermo Gómez

histórica. La lucha de clases que decide las épocas inmediatamente después enturbia la imagen serena y nítida que pretenden transmitir como legado como sus valores tranquilos. Y si bien la Alemania göetheana no es la Antioquia de Berrío, no parece sino sintomático de los dos genios regionales el haber labrado la mejor imagen de la transición social en héroes que buscaban la perfección interior, no como sacrificio o expiación, sino como tema social e histórico. La diferencia descansa en los medios para obtener ese ideal: la vida teatral en Goethe y una incierta formación intelectual y profesional en el antioqueño. Los abreviados capítulos finales de la existencia de Eloy, expresan un ideal profesional, un triunfo de la individualidad burguesa por sobre cualquier consideración nostálgica —o al estilo de la sociedad secreta de Jarno de *Los años de aprendizaje* o en las provincias pedagógicas de *Los años de andanzas del Wilhelm* que denuncia una interpretación reaccionaria de Owen y Fourier por parte de Goethe—: en Carrasquilla es simple concordancia con un medio pragmático, adaptabilidad conservadora al “ideal de lo práctico” en la versión paisa de la expresión.

Si *Hace Tiempos* es la metáfora de una evolución regional, positivamente contemplada a la luz de los recuerdos del niño y joven Eloy, también ensambla una estructura social de las regiones que componen las “tres” Antioquias carrasquillanas. En efecto, cada subregión está articulada nítidamente. Cantalicia enseña a la madre de Eloy, las nociones básicas de un mundo escindido en blancos y negros; un mundo “barroco” que empieza a desarticularse. El aparente estatismo, realmente la dinámica socio-racial de la región de Orofino —pueblo ficcional que bien corresponde su ubicación a una zona minera, cercana a Remedios o Zaragoza o Yolombó— revela al infante, que simula dormir, por boca de la zamba la primera imagen del mundo. El ABC de la realidad, una fuente viva de conocimiento desde las entrañas del pueblo, se expresa por esta voz, de mujer mestiza, negra o india (nieta de un inglés aventurero muerto en una riña “hace tiempos”), que pone el dedo, en forma didáctica, en la herida de la compleja realidad que es oscura y confusa para el Eloicito dormido simulado y su perpleja progenitora (otra infante, “niña Rosita”). El padre de Eloy, don Jerónimo, es un blanco, de casta, un minero arruinado caído en desgracia (luego asesinará a una mujer que supuestamente

esconde un ídolo de oro y es fusilado). Justamente porque la desgracia consiste no en ser solo pobre, sino el ser un blanco recién empobrecido. El orgullo herido del blanco, por este revés de la fortuna (muestra la dinámica económica de la región, donde “pueblo de minería” significa “pueblo de porquería”) contrasta con el nuevo rico, de origen racial equívoco, un mestizo que trata de desafiarlo. Mientras uno desciende, el otro asciende por gracias de una rueda de la fortuna que gira al rededor del esquivo o abundante, ilusorio o material, oro. Se presenta un enfrentamiento, en que la peor parte la toma el advenedizo (¿no es éste el núcleo que prefigura el drama social del fenómeno del narcotráfico, tal como se muestra, por ejemplo, en el film “Sumas y restas” de Víctor Gaviria?). La compleja relación entre blancos y negros, libertos recientemente, hace recordar el estudio pionero del historiador Jaime Jaramillo Uribe, “Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII”, de indispensable lectura para reinterpretar este primer tomo autobiográfico de Carrasquilla. Al menos allí se destacan los elementos de la relación tensa, conflictiva, violenta, entre blancos y negros y el realismo protohispano de los negros.

En efecto, la relación espectral entre blancos y negros es más compleja y menos estática que lo que produce la primera impresión: los negros están a su vez escindidos entre negros “civilizados” o sea “cristianizados” como la Cantalicia y negros-negros (salvajes e impenetrables, que se captan con lente desenfocado, a la distancia), así como los blancos cuentan, al menos, con dos categorías sociales, los blancos al estilo de don Jerónimo, que Eloy proyecta en un ideal superior civilizatorio (por el estudio universitario, “ser doctor” en la capital), y los blancos montañeros, un Builes, Nicanor, tipo ejemplar del arriero trabajador, valiente, semi-letrado, astuto y don Juan, apodado El Escribano. Como una especie de Sancho, Cantaliacia expresa la cordura frente a su ama, no loca, pero requerida de un tutor. La tutoría la ejerce esta esclava a voluntad, sirvienta que no sólo ejerce los oficios domésticos sino que restablece la conciencia de clase de su señora y sienta los rudimentos de la diferenciación socioracial al niño Eloy. En la afirmación permanente y de múltiples manifestaciones (en la forma de hablar, el vestido, la comida, los modales) descansa el orden social, el *ethos* de la región: se actúa, se **debe** actuar,

Juan Guillermo Gómez

conforme un ser social plenamente identificado y diferenciado. El verbo “zambiar” es una creación lingüística apropiada y ajustada a ese mundo racista. Es ella, no su madre infantil y santificada y venerada por su figura de Virgen, ni el padre vergonzante empobrecido y luego enloquecido, sino la sirvienta Cantalicia, fiel y servicial, el eje sobre el que descansa la vida familiar, el *ordo* de esta sociedad minera.

Ella representa la transfiguración literaria (Cantalicia es una figura mucho más elaborada que la tosca Frutos de “Simón el mago”) de un puntal que sostiene el orden social resquebrajado o que amenaza ruinas; su lugar es la cocina (un microcosmos), y en torno a su fogón se irradia una infatigable actividad. Si la gratitud incommovible a los padres de Rosita sostiene su ser moral, toda su acción está encaminada a dejar en claro la barrera infranqueable entre los “blancos” y los “negros”. Cantalicia reconoce nítidamente los límites y su fuerza y autoridad radican en saberse ubicar en ellos pragmáticamente. Su calidad de sirvienta negra, india mestiza, le dota precisamente de unos atributos precisos, que ella maneja con una destreza y oportunidad inequívocas. Ella dispone del destino familiar; es madre sustituta, consejera, guardiana, pedagoga, maestra de la vida, diestra en mil cosas útiles. De su boca brota la fuente de distinción, de las más diversas maneras y para las decisivas ocasiones: “...pero los blancos no se dejan sorrostriquiar”, “No son ricos, pero por el añaje se les ve que son blancos”, “Cuando le propuso, era uno de los blancos más principales del pueblo y tenía mucha plata”, “Tampoco pierde nada con salir a la calle, ni a esos bailes tan feos, ni a esas maromas y títeres onde se mete toda la guacherna y el negrerío”, “¿Le parece que un blanco que fue tan rico y tan orgulloso ha de vivir muy alegre viéndose tan pelao y tan mal vestido?”, “... no sabía trabajar en oficio de negra”, son algunas de las expresiones de esta zamba que pueden tomarse de solo el primer capítulo de la obra.

El otro eje de la vida familia es Nicanor Builes. Basta esto como ejemplo preliminar para desarrollar un verdadero ensayo sobre la composición socioracial de esta sub-región carrasquillana. Builes, claro, es el blanco montañero, que si bien pobre, es trabajador, serio, sin vicios, un Don Juan de la vida rural y sobre todo un decoroso representante de una clase social baja, pero respetable. Es aseado, servicial, buen

conversador, y, a diferencia de Cantalicia, lo caracteriza su capacidad de distancia prudente con la realidad, de juego con la realidad. Impone su admiración a Eloy por su serio compromiso con el “cordero” y por su ingenio pedagógico. Traza Nicanor, Nicanorcito, uno de los Juanchos, el Escribano, una barrera, ya no solo simbólica de la división racial, sino física. Los negros saben que con los Builes nadie se mete (“... tiene una muñeca muy brava”), y esto da la seguridad y la garantía de paz en la casa de los Gamboa Gallego. La escena que es genial literariamente, de su compromiso evasivo de “amor de lejos”, de honda raíz picaresca, con Pastora, en la que es testigo un perplejo “mano Eloy”, es una pieza imborrable de la psicología social de este tipo antioqueño. Nicanor, en fin, ha leído a Ortiz y a Carreño, rudimento de una civilización letrada, que lo pone a medio camino entre las montañas (con sus barbaries conocidas) y la ciudad (visita una vez a Medellín, donde ve a “San Ciro y a San Blas” y el nacimiento del río “La Valeria”, y así “...es que no se puede decir que conocimos a La Villa”). En fin, el “cordero” Eloy se nos presenta labrado con ternura como imagen construida de sutilezas tras el velo de esos recuerdos, sin la iracunda neurosis del Paquito privilegiado de “Entrañas de niño” ni con la lastimosa inseguridad del “Zarco”.

De alguna manera, se podría decir que *Hace Tiempos* representa para la cultura literaria de Antioquia y en general de Colombia, lo que el *Facundo* o *Recuerdos de provincia* de Domingo Faustino Sarmiento para la Argentina o la Latinoamérica. Sin duda, Carrasquilla comparte con Sarmiento la pregunta por la constitución cultural básica de la sociedad, pero los énfasis resultan divergentes. A Sarmiento lo obsesiona la preocupación de la barbarie política, de Rosas o Quiroga, y encuentra en las costumbres premodernas, las indígenas, gauchas e hispánicas, el origen de un mal profundo, pero remediable. La prosa épica de Sarmiento se enfrenta en su *Facundo* contra el monstruo de la enfermedad nacional del caudillismo y, en un giro subjetivista, retrata en *Recuerdos* la vida íntima, familiar, de su provincia sanjuanina. Carrasquilla no interroga polémicamente los fundamentos culturales de su región, al estilo sarmientiano; pero sobre todo, no traza una línea tajante entre “civilización” o “barbarie” como reza el subtítulo del notable libro argentino. La mirada carrasquillana está llena de matices, en la que los términos contrapuestos

Juan Guillermo Gómez

requieren correcciones y enmiendas. No se trata sólo de una oposición conceptual, derivada de las lecciones de Guizot o Tocqueville, como en Sarmiento, sino de una densa red de elementos peculiares, autóctonos, no equiparables a las categorías sociológicas o antropológicas al uso ni susceptibles de interpretar de manera unívoca. La tensión civilización/barbarie en el profundo Nechí, no es la misma que en la Antioquia berriana de San Juan o en Medellín, y ni siquiera se presenta en cada sub-región pura. Las variadas significaciones de lo que el mismo Carrasquilla tilda de “estilos de civilización”, son los elementos estructurales de la imagen de la sociedad y su sentido de progreso para el agudo escritor antioqueño.

Parece extraño que este voluminoso expediente de la vida cultural de “antaño” del anciano Carrasquilla, como sucedió con la igualmente voluminosa obra de vejez *Poesía y verdad* de Goethe, se halla escrito y publicado al filo de otra época en plena agitación. Es 1936 no sólo el año de la consagración literaria nacional del medio desdeñado escritor antioqueño, como lo subrayó oportunamente Federico de Onís, sino también el año en que la república liberal, presidida por el modernizante moderado Alfonso López Pumarejo, quería imprimirle un ritmo acelerado a la vida política y social colombiana. La afirmación o confesión final de Carrasquilla de que “soy un viejo conservero; lo que se llama un semanasanto”, podría considerarse como un insinuante desafío al proyecto liberal y democrático del lopismo en su año decisivo. Pero el valor de las palabras en Carrasquilla no tiene porque ajustarse a la miope e interesada lucha sectaria. Conservador era Carrasquilla como lo fueron, en un sentido lato, los románticos alemanes de Herder a Novalis, pero no faccionalista. El valor del pasado no era un absoluto, lo que “se fue” no era un dogma, pero era un fragmento profundo de la nacionalidad regional que no se podía suprimir de un trazo. La Antioquia de Carrasquilla no es todavía la Antioquia del café –apenas se insinúa en una escena- ni la de la emigración colonizadora ni la de la industria. La región, con todo lo estable e incluso medio-estática que hoy nos parezca, no era un *eidós* platónico, inmutable e intocable: una “antioqueñidad” agresiva y regresiva, como vino a ser después. No cabe duda que su obra pudo ser objeto de un culto regional, de una simplicidad pérfida. Pero *Hace Tiempos* sobrevive a su circunstancia y a su beatificación provinciana, a su

aparente anti-liberalismo y a su aparente proto-fascismo de “raza y región”. Más bien, es de considerarlo como un compendio complejo de la idiosincrasia regional, de sus fisuras internas, de sus matices, sin prejuicio que de algunas de sus páginas escape un cierto aire de racismo y prejuicios de diversas índoles.

Característico, en todo caso, para una historia de los intelectuales colombianos, es este tipo tan acabado de escritor “conservero” y “semanasanto”. El peso de lo dado, la fuerza cinegética de la historia, la atracción coercitiva de la familia y la iglesia, ese todo cultural -tan armonizado en su sedante prosa vieja- era un llamado a la realidad: una investigación narrativa de la constitución y estructura interna de una región, “conservera” y “semanasanta”. Este tipo de intelectual era extraño, un enajenado del mundo de los enajenados modernistas. Podría ser un “raro” al revés de la galería rubendariana. “Lo real es racional”, había escrito Hegel un siglo atrás, para referirse a un estado de cosas en vía de estabilización en Prusia. Era eso real, ordenado, de armonía civilizatoria, luego de un esfuerzo regional sostenido de medio siglo, lo que avalaba Carrasquilla como proyecto regional, desde la proclama de Pedro Justo Berrío. Era lo real, lo racional, lo justo. Pero no solo en el orden político Carrasquilla se ponía –sin oportunismos póstumos- al lado del “doctor Berrío”, presidente del Estado de Antioquia y rector de la Universidad. En el orden social y económico no se sentía un extraño, un alienado. Más bien, se dejaba tentar: admiraba tanto el trabajo más simple y arriesgado –por ejemplo, los rudos de los organales- y las costumbres laborales patricias, como los desarrollos tecnológicos, los avances en la ciencia hirsuta de la geología y la minería. ¡Qué contraste tan evidente, por ejemplo, con el intelectual del tipo de los populistas rusos, de Bakunin a Tolstoi! Éstos estaban persuadidos de la imposibilidad del desarrollo económico de la atrasada Rusia zarista ante las potencias desarrolladas europeas. Era, la mayoría, anti-occidentalistas. Se reconocían inferiores o en cruda desventaja y, en las condiciones imperantes, negaban cualquier salida modernizadora capitalista, pese a los ingentes esfuerzos del ministro Sergei Yulievich Vitte. El fracaso de este notable ministro de Alejandro III y Nicolás II era una confirmación de un dogma que llegó a ser leninista: la revolución política como llave para salir del círculo vicioso de la

Juan Guillermo Gómez

dependencia imperialista. Carrasquilla, por el contrario, cree en el desarrollo económico regional, confía en la estabilidad política regional y se regodea en el conjunto nutrido de costumbres e instituciones que los fomentan y los impulsan. Quiere ver en “lo que fue” una esencia imborrable de la paz y el orden del presente.

En *Hace Tiempos* se reconoce o se quiere reconocer la serena y segura marcha de la historia regional, sin sobresaltos ni irritantes negaciones. La resolución del problema antioqueño es una solución colectiva consecuente y sostenida, una tensión resuelta entre la región y la nación colombiana. Sin un telurismo enfático al estilo del argentino Ernesto Quesada, del venezolano Laureano Vallenilla Lanz o del mismo antioqueño Fernando González, Carrasquilla pone una nota de ponderación histórica -sobrio humor- a la identidad regional en la que Berrío actúa como un moderado caudillo civilizatorio, no como un sátrapa de tono oriental. Berrío es la condensación de los esfuerzos de una comunidad regional, un líder suprapartidista, sin una patología peculiar (ahistórico sería ver en su figura una anticipación del actual *Fuehrer*). Impone el orden sin crueldad ni astucia bárbara. La escena teatral e incruenta en que logra dominar una levantisca estudiantil mandando a la soldadesca apuntar a los revoltosos con fusiles Remington (después se supo que estaban descargados), es un rasgo de su autoritarismo atemperado. Berrío no es, pues, el “gendarme necesario”. Entre la lucha ideológica sarmentiana de liquidar los caudillos y la evocación neurótica por su permanencia, Carrasquilla se pone en un punto neutro de los extremos. La personalidad de este hombre de Estado admirado en las páginas carrasquillanas se proyecta como sombra protectora de los deseos de libertades colectivas que nacen desde abajo y se van articulando en diversos escenarios, de Nechí a Medellín, vía Marinilla- Santuario.

Carrasquilla no le otorga a su Antioquia, o sus Antioquias, un destino providencial o misional en la constitución de la nación. A diferencia de cierta historiografía alemana decimonónica que vio en Prusia o en Baviera la clave para la unidad nacional, el escritor antioqueño se abstiene de darle a su región un destino superior nacional. La entidad antioqueña se sostiene sobre sus bases interiores y su independencia o autonomía antes que un predicado intransigente es ilustración de un modo de ser propio

por carácter endógeno y desarrollo interior. *Hace Tiempos* no se puede considerar como un “evangelio de la antioqueñidad”, pues la Antioquia de Carrasquilla no aspira a redimir inspiradamente la nación colombiana. Tampoco era separatista, es decir, no entendía el federalismo orgánico como una expresión de desmembramiento del conjunto nacional colombiano. Por su parte, Simón Bolívar, como padre de la nación colombiana, aparece en un horizonte ambivalente en el marco regional. Puede ser un hereje por atentar contra el rey –que es tanto para los ultramontanos como atentar contra la divinidad misma-, un enemigo del general José María Córdoba, el heterodoxo de la liberación de los esclavos (“no hay negro sin amo, como perro sin dueño”, era un dicho regional), el centralista proto-ilustrado, es decir, marcado por signos negativos de diversa consideración. Pero es también Bolívar un modelo de estadista que persiguió ante todo el orden, buscó la unidad ideal de la nación por medio de soluciones constitucionales propias. No hay un término definitivo para decir dónde empieza el Carrasquilla bolivariano o el anti-bolivariano, pues la ambivalente consideración del héroe caraqueño está en relación estrecha con los diversos y contrarios intereses de la región antioqueña.

Tampoco, comparativamente, parece fácil definir la imagen de España de Carrasquilla. Ciertamente, a diferencia de los liberales hispanoamericanos ilustrados y socialistas del siglo XIX –sea en la versión del argentino Sarmiento, del ecuatoriano Juan Montalvo o del peruano Manuel González Prada-, Carrasquilla no exhibió argumentos anti-hispánicos ni anti-clericales. La España vieja, monárquica, inquisitorial y venerada, respira por algunas viejas beatas de *Hace Tiempos* y se oyen como voces disonantes, aunque vivas, como respiraban por cada poro de la marquesa yolombesca los sueños hidalgos peninsulares. Pero también en Carrasquilla hay un carlismo objeto de crítica –encarnado por la figura de la doña Quiteria del padre Casafús- que tampoco es el de Berrío. Si, como se dice en *Entrañas de niño*, la religión es como “una segunda piel” de Antioquia, que es la España que sobrevive empecinadamente en su mentalidad anti-moderna, hay, a su lado, una España moderna, la España de Pérez Galdós, de Clarín, de Blasco Ibáñez. Carrasquilla no es Miguel Antonio Caro, un adalid de la España de antes de Carlos III, un defensor de la cultura española inspirada en Menéndez Pelayo. Su

Juan Guillermo Gómez

hispanismo es, en fin, tan matizado, moderado, como su bolivarianismo, su provincialismo antioqueño. Es, en estos diversos sentidos, Carrasquilla un “raro” intérprete de la vida de Antioquia, hijo singular del Modernismo que lo posibilitó y patriarca de las letras de una región que no ha sabido sacarle el debido provecho.

Habría todavía un aspecto, al parecer marginal, por indagar en *Hace Tiempos* como novela de formación y afín el *Wilhelm Meister*. Como se ha estudiado con atención en Alemania, en el *Wilhelm* está inserta una pequeña joya literaria, “El alma bella”. “El alma bella” es la historia de la vida interior de Susana von Klettenberg, con quien Goethe había tenido una estrecha relación al restablecimiento de su salud hacia 1770. Con “El alma bella” se quiere rendir homenaje a esa mujer excepcional, tocada por una fe pietistas de singular fuerza subjetiva. Era la encarnación de la revitalización del protestantismo, cuyas prácticas habían llegado a un límite de frialdad y vacío interior. Bajo el impulso del conde Sinzendorf, de la Comunidad de Hermanos Moravos, se libra una batalla hacia la reconstitución de sí mismo. Este impulso hacia la interioridad, el “impulso a la identidad”, conforme Hegel, domina el relato göetheano que, como encabalgado en el *Wilhelm* es una *novelle* de formación en medio de una novela de formación. En forma similar, se puede hablar del papel de “El Superhombre” que Carrasquilla inserta, en forma igualmente sorpresiva y hasta arbitraria, en medio de *Hace Tiempos*. ¿Mera coincidencia? ¿Por qué inserta o encabalga Carrasquilla el “El Superhombre”, un relato paródico de Nietzsche, en medio de *Hace Tiempos*? A primera vista, “El Superhombre” no es un relato de formación, pero su tema es la educación, es decir, la falsa pedagogía. El pedagogo hechizo, que hace pensar que solo hay un paso o menos entre educar y embaucar, le sirve a Carrasquilla, a modo de distanciamiento humorístico e irónico, para poner de relieve el periplo vital-moral de Eloy Gamboa.

En realidad, la obra del “padrecito Carrasco”, como con incomparable gracia se refería a sí mismo, es una traducción literaria, una laboriosa transfiguración (lo puntualiza Rafael Gutiérrez Girardot en su breve ensayo “¿Cómo leer a Tomás Carrasquilla?” de 1960), de una experiencia directa de su yo. Carrasquilla escribe de lo que ha visto, oído, entendido, testimoniado en forma personal, directa, sin mediaciones y lo vierte en

“ironía y parodia” (Luis Iván Bedoya). Lee en el libro abierto de la naturaleza humana antioqueña. No se trata que los antioqueños “hablen así” sino que traduce plásticamente esa experiencia directa, le diseña una trama elaborada, no espontánea como se tiende a pensar por efecto del sabor regionalista de su expresión. Escribe con una consciente artesanía, esforzado estilo, con una morosidad interior artística. En esto es modernista o realista, como se quiera clasificar. No hay en Carrasquilla el desmán pseudo-romántico, de cierto sonambulismo o automatismo escritural, como también falsamente se atribuía al bohemio Rubén Darío. No podía apresurarse, ni siquiera ante la presión de los medios, sobreexigirse: “... no es tan fácil” multiplicar las letras, “para el que tanto borra, compone y enmienda como Tomasito”. Tomás, “Tomasito”, el “padrecito Carrasco” que jugaba con multiplicarse para hablar –en un ensayo teatral desechado por el autor sus cinco personajes resultaron cinco Carrasquillas-, desde sí mismo y sólo desde sí mismo, de su región, sentida como un gran organismo vivo, viviente, vital. Hizo de sí un personaje, dos o tres, se auto-representó en medio de ellos, se transfiguró en su ideal “regionalista”, no quiso violar la norma autoimpuesta de su epistemología vital. Es decir, su literatura iba hasta el límite de su leal saber y entender. Se trató, como trataba a la gente, con ternura y compasión, con cierta caprichosa maledicencia. El comienzo de su “Autobiografía”, que es un juego paródico a *Poesía y verdad*, delata esa visión de mundo lleno de humor y penetración. Carrasquilla se describe como otro peregrino más por esta tierra semi-encantada, en vías de una desencantada civilización. El dadivoso Dios antioqueño le ofreció, como al Peralta de “En la diestra de Dios padre”, algunos dones y él le respondió serenamente, sin insolencia de buen cristiano: “Me basta uno: conservarme fiel a mí mismo”. Con esta sola virtud le ganó la partida a la vida con el don de su inconfundible obra literaria. De la región antioqueña, - en la que vivió toda su vida, también en sus temporadas en Bogotá, “muy sabrosa por la farsa y por la bobada”-, nutrió toda su obra: por “la eterna dicha de la autobiografía”. De ahí que ante “... el enredo aquel de Bashkirtsett”, le bastara preguntarle burlonamente a Max Grillo: “¿Tan escaso de recursos estabas que te pusiste a levantar muertos?”

Juan Guillermo Gómez

Coda de citas

Deseo reproducir tres escenas de singular valor literario de “Por aguas y pedrejones”. La primera es una muestra de la llamativa forma en que Carrasquilla pinta la labor doméstica de la hechura de la muy plebeya y muy antioqueña mazamorra. Como un rito arrancado de la mitología clásica, en un rancho paisa se cocina uno de sus más populares alimentos:

El hogar está en bunde. Peroles y ollas se alzan ya sobre sus piedras respectivas. El sacro fuego arde. En una piedra, montada en una pata de gallo de troncos, muele una vestal el maíz amarillento, cocido con cenizas. La segunda vestal casca en otra piedra el grano triturado para la consagrada mazamorra. Una tercera, entre velona y ayudanta, trasiega de aquí para allá y arregla en el aparador colgante los vasos rituales: platos y cucharas de madera, totumas para la mazamorra, totumones para bogar el claro, el agua chorreada con panela o la limpia del arroyo.

La segunda, es la escena en que Eloy, recién llevado a orillas del Nechí, en Morrolargo, en un semi-delirio nocturno imagina las escenas de una naturaleza anímica, impulsada por una trastornada ebriedad:

¿Qué sería? ¿Qué no sería? Tal vez retozos de lagartijos entre la hojarasca tostada, si no era que las culebras estuviesen peleando y se azotaran con la cola, borrachas de rabia. Eso era como aletazos y bufidos de gallinazos en riña; eran chiflidos; eran chasquidos como de chamizas que quebrasen, como de zurrones que arrastrasen, de papeles tiesos que arrugasen. La cabeza se me crece; angustia extraña me acomete, y más al percibir, entre tanto rebullicio, una bullita pareja, pareja... debía haber en esas noches del río muchas cosas medrosas y tremendas; muchas cosas perseguidoras y perseguidas. Eso era que los árboles peleaban con los árboles; eso era que la tierra resollaba y roncaba como si estuviera dormida. Tal vez estarían creciendo las matas, tal vez estarían naciendo otras; tal vez habría maldades en el monte, lo mismo que en los pueblos; tal vez el monte sería un Merejo vendeaguardiente, amigo de hacer guachernas con todos los animales y los árboles vagamundos y saltatapias. Pujo, resuello gordo, a ver si en eso va; a ver si haciendo yo también francachela, me emparejo con todas las bullas amontonadas; y, rezando, me traspongo.

La tercera, inevitable escena, es la ascensión al cielo en los recuerdos de Eloicito, de su la inmaterial madre, la Virgen, la niña Rosita. Cierta presagio por el entierro de misiá Bonifacia (también hay un presagio de la demencia de don Jerónimo) y una cierta conservación sobre "... la hermosura de la muerte del justo", sirven de anticipos fúnebres, a la noticia de que a "... misiá Rosita se la llevó mi Dios". Con ternura infinita, Nicanor le ordena cerrar los ojos.

Obedezco. Él me los tapa con ambas manos.

- ¿No es cierto que la está viendo?

- Sí.

- ¿Cómo la ve?

- Con el vestido de estrellitas...

- Es pa que vea –exclama destapándome-. Aquí está con usted, y con usted se va por todas partes. Si se va hasta Orofino, se va con usted. Van a vivir juntos sin que la vea. Bien pueda rezarle cuanto le parezca: a las almas que están en los cielos se les reza siempre. ¿Ya entendió, mano Eloy?

- Sí.”

Conmover, sencillamente.

Juan Guillermo Gómez

Bibliografía básica

1. Fuente literaria

Carrasquilla, Tomás (1952). *Obras completas*. Madrid, EPESA. Madrid.

2. Crítica

Alape, Arturo (1990). *Valoración múltiple sobre Tomás Carrasquilla*. Bogotá, Instituto de Cultura y turismo.

Bedoya, Luis Iván (1990). *Ironía y Parodia en Tomás Carrasquilla*. Medellín, Universidad de Antioquia.

Levy, Kurt (1958). *Vida y obras de Tomás Carrasquilla, genitor del regionalismo en la literatura hispanoamericana*. Medellín, Editorial Bedout.

Rodríguez, Flor María (2000). **Tomás Carrasquilla. Nuevas aproximaciones críticas**. Medellín, Universidad de Antioquia.

Revista Lingüística y literatura No. 34/35. (Junio-julio, 1998-1999). Medellín, Universidad de Antioquia.

Recibido: 10 Agosto de 2008

Aprobado: 20 Septiembre de 2008

Juan Guillermo Gómez

Docente Universidad de Antioquia.